

Jean Flori

LAS CRUZADAS

Traducción de

Rafael G. Peinado Santaella

Granada
2010

INTRODUCCIÓN

Las tensiones recientes que, desde comienzos del siglo XXI, se han exacerbado entre el mundo occidental de cultura cristiana y el mundo musulmán, explotadas por los extremistas de ambas orillas, atraen cada vez más la atención del público sobre las cruzadas, lejanas y por lo general muy mal conocidas. Los islamistas fanáticos, en efecto, clasifican a sus enemigos en tres categorías: los dirigentes musulmanes tachados de «apóstatas»; los judíos y particularmente Israel; y por último los cruzados, término por el que designan en bloque a sus adversarios occidentales. A la inversa, en «el otro bando», al día siguiente del 11 de septiembre de 2001, el presidente G. W. Bush prometió lanzar contra esos fanáticos musulmanes una nueva «cruzada», expresión poco afortunada que reforzaba al mismo tiempo la percepción reductora e incluso errónea de sus adversarios.

Las causas de estos funestos y recíprocos patina-zos son múltiples. En Occidente se tiende desde hace tiempo a usar el término «cruzada» de manera torticera para designar una empresa considerada legítima, un combate saludable y moral que nada

tiene que ver con la cruzada de la historia. ¡Se habla así de una cruzada contra la pobreza, contra la enfermedad, contra la ignorancia, e incluso contra la carestía, la suciedad o la intolerancia!

La palabra «cruzada» evoca evidentemente algo muy distinto a una operación legítima y moral para aquéllos que, en el corazón de la Edad Media, fueron sus víctimas: musulmanes de Tierra Santa o de la península ibérica, pero también judíos de Renania —masacrados por los cruzados cuando pasaron por allí en 1096—, paganos de las regiones bálticas, cristianos de Oriente en 1204. Para todas aquellas poblaciones y para quienes hoy se reclaman descendientes suyos, cruzada no es en modo alguno sinónimo de combate moral, sino, al contrario, de matanza, expolio e intolerancia. Voltaire y los filósofos de la época de las Luces contribuyeron, al menos en Francia, a extender bastante esta idea.

A esa ambigüedad de significado se añaden diversos factores que oscurecen el concepto de cruzada. El primero es su precoz expansión, por el papado, para designar diversas operaciones militares emprendidas en su provecho o por iniciativa suya. El segundo es el lazo entre la cruzada y otros temas muy populares con que se la asocian: los templarios y su supuesto «tesoro», los cátaros y las sectas esotéricas son las principales «poluciones» del concepto

de cruzada. Muy estimados por el público, estos temas anejos, bajo formas a menudo delirantes hasta el absurdo, son explotados por personajes poco escrupulosos pero de gran habilidad comercial, cineastas, novelistas y seudohistoriadores. Todos ellos contribuyen a difundir entre un público muy amplio numerosas ideas que este pequeño libro espera poder rectificar al menos en parte.

**LA CRUZADA, UN CHOQUE
DE CIVILIZACIONES**

**«La cruzada sólo fue un episodio
del conflicto entre cristiandad e islam»**

La historia de la Edad Media no conoció espectáculo más imponente que el cuadro de las cruzadas, en el que se ven los pueblos de Asia y Europa armados los unos contra los otros, dos religiones que se atacaron recíprocamente y se disputaron el imperio del mundo.

Jean-François Michaud, *Histoire des croisades*, París, 1813, t. I, pág. 1.

En noviembre de 1095, el papa Urbano II predicó en Clermont una expedición destinada a recuperar de los musulmanes Jerusalén y sus santos lugares. Los guerreros del islam habían conquistado Siria y Palestina en 638, unos años después de la muerte del profeta Mahoma. Un siglo más tarde, las conquistas musulmanas se extendieron en Oriente hasta el Indo, en Occidente hasta los Pirineos e incluso más allá, puesto que su avance más extremo, en Francia, se situó en Poitiers (732). Las islas del Mediterráneo cayeron asimismo en sus manos: Chipre, Creta, pero también Sicilia, Baleares, Córcega, Cerdeña, etc. Sus razias llegaron a asolar a menudo las costas de Provenza e Italia. A mediados del siglo

IX, Roma fue saqueada varias veces. La Europa cristiana, fragmentada en señoríos y principados rivales, parecía una fortaleza asediada.

La reconquista cristiana comenzó a organizarse en los territorios de la península ibérica no ocupados por los musulmanes. En el siglo XI, tanto del lado musulmán como del lado cristiano, la lucha armada adquirió en ella rasgos de guerra santa. El papado la alentaba por razones religiosas —restablecimiento de la fe católica en una tierra antaño cristiana—, pero también políticas: el papa reivindicó la soberanía sobre Hispania. En 1030, la caída del califato omeya de Córdoba entrañó la división de al-Andalus en varios reinos debilitados, lo que facilitó la reconquista cristiana: Toledo fue recuperada en 1085. No obstante, se vio comprometida un año más tarde cuando los almorávides, musulmanes rigoristas llegados del norte de África, fueron llamados como refuerzo por los reyes de Sevilla y Zaragoza. Los almorávides llevaron a cabo en nombre del *yihad* una campaña victoriosa en casi toda la península. La reconquista cristiana parecía más que comprometida.

En la parte oriental, la situación de los Estados cristianos no era mucho mejor. El equilibrio entre el imperio romano de Oriente (bizantino) y los Esta-

dos musulmanes se quebró, en el siglo XI, por la irrupción de los turcos convertidos recientemente al islam sunnita. Pronto entraron en conflicto con el Egipto fatimí, de obediencia chiita, y le arrebataron Jerusalén en 1071. Aquel mismo año destrozaron el ejército bizantino en Mantzikert, capturaron al emperador y se apoderaron de Siria; en 1085 tomaron Antioquía, cerrojo defensivo del imperio, y avanzaron por Anatolia hasta amenazar Constantinopla, capital del imperio romano.

En noviembre de 1095, en Clermont (Auvernia), Urbano II lanzó su llamamiento a los guerreros de Occidente: por solidaridad cristiana y por el amor de Dios, era preciso, dijo, socorrer a las iglesias oprimidas de Oriente, arrebatarse a los musulmanes los santos lugares profanados, en particular la tumba de Cristo, que cada año atraía millares de peregrinos cristianos. La peregrinación, prescrita como acto de penitencia por la Iglesia para obtener el perdón de los pecados confesados, había adquirido desde hacía dos siglos una importancia creciente en la espiritualidad cristiana occidental. Ése fue sobre todo el caso de la peregrinación a Jerusalén, primero de los santos lugares de la cristiandad. Los musulmanes la toleraron, pero hicieron pagar a los peregrinos un impuesto que éstos consideraron excesivo e injusto,

y que soportaron cada vez peor. Los crecientes riesgos que encontraron en el camino —pillajes y exacciones de los beduinos— aumentaron más los peligros del viaje y condujeron, desde 1035, a la formación de grandes peregrinaciones armadas, cuando por naturaleza el peregrino es un penitente y debe caminar, por tanto, sin armas hasta el lugar santo.

El llamamiento de Urbano II creó un nuevo concepto, que más tarde se llamaría «cruzada». Unió los rasgos hasta entonces distintos, incluso opuestos, de la guerra santa y la peregrinación. Prescribió, en efecto, a los caballeros de Occidente que tomaran, en tanto que «guerreros de Cristo», el camino de Jerusalén para expulsar de ella a los musulmanes; dejó entender que aquéllos que muriesen en un combate semejante obtendrían de Dios la recompensa del paraíso. En este sentido no cabe duda de que la cruzada fue una «guerra santa», dado que santificó a quienes participaron en ella. Pero fue también una peregrinación puesto que la empresa, por su mismo destino, se predicó como acto de penitencia que debía hacerse en remisión de los pecados confesados. El «viaje» a Jerusalén sustituyó así a todas las otras penitencias prescritas. Esta doble dimensión creó una ambigüedad real en el concepto mismo de cruzada. Veremos las consecuencias de

ello en los motivos de los cruzados y en la mayor parte de las ideas examinadas en este libro.

Otra fuente de ambigüedad: los objetivos divergentes de los cruzados de Occidente y de los bizantinos. Alejo esperaba de Occidente el envío de algunas centenas o millares de guerreros mercenarios que habría incorporado a sus ejércitos, como entonces era costumbre en el imperio. Con ellos habría emprendido la reconquista de los lugares perdidos después de Mantzikert. Sin embargo, vio cómo afluían a Constantinopla enormes masas inconexas —cerca de 100.000 individuos—, ejércitos ya constituidos, que obedecían a señores inasimilables e incontrolables que podían suponer incluso una amenaza para la existencia del imperio. Desde entonces tuvo un objetivo claro: intentar utilizar en beneficio propio aquellos ejércitos cruzados para sacar de ellos el mayor provecho posible. Jerusalén dejó de interesarle. Para él sólo valía la pena la reconquista de Anatolia y el norte de Siria, hasta Antioquía, territorios recientemente perdidos. Por eso exigió a los cruzados, a cambio de su ayuda logística —guías, avituallamiento para hombres y caballos—, un juramento mediante el cual los cruzados se comprometían a devolverle las tierras antaño bizantinas que recuperaran en el camino.

El acuerdo se rompió en Antioquía, de la cual llegó a apoderarse, en junio de 1098, el normando Bohemundo, uno de los jefes cruzados, negándose a devolverla al emperador. La ruptura entre bizantinos ortodoxos y cruzados católicos quedó consumada en aquel preciso momento. Hizo imposible el proyecto de unión de las Iglesias cristianas con la que había soñado el papa Urbano II al organizar aquella ayuda militar a Oriente. Las regiones reconquistadas por los cruzados —reino de Jerusalén, principado de Antioquía, condados de Edesa y Trípoli— constituyeron desde entonces Estados latinos y católicos.

La consecuencia de dicha ruptura fue más profunda de lo que pudiera creerse. Pues el mundo musulmán, desde aquella época y hasta la actualidad, habría percibido sin duda una reconquista bizantina, incluso ayudada por los ejércitos «francos», como un hecho banal, uno de los muchos azares de la historia. Las «fronteras» entre el mundo cristiano y el mundo musulmán no dejaron de fluctuar, a merced de las victorias y derrotas militares, tanto en Oriente como en la península ibérica. Pero esta vez la ruptura entre cruzados e imperio griego creó unos Estados latinos «paracaídas», especie de colonias occidentales aisladas, como islas en medio del

océano musulmán. Algunos historiadores recientes ven en ello, no sin exceso, una de las primeras formas de colonización occidental. Los integristas musulmanes se han apoderado como es natural de esta idea muy favorable a su propia propaganda antijudía y antioccidental.

La cruzada, según ellos, no fue uno de los innumerables conflictos que, a lo largo de la historia, han enfrentado a dos imperios vecinos y rivales, sino la empresa deliberada de un Occidente lejano y fanático para implantar, en el corazón del mundo musulmán, Estados de tipo colonial. Esta recuperación ideológica justifica a su entender la recuperación de un *yihad* contemporáneo dirigido contra Occidente.

La «cruzada cristiana» estaría, de alguna manera, en el origen del «*yihad* islámico». El capítulo siguiente examinará el valor histórico de este nuevo prejuicio.